

Crítica de libros

ZUBIRI, Xavier: *Sobre el problema de la filosofía y otros escritos (1932-1944)*. Alianza, Madrid, 2002. 394 pp.

El nuevo tomo es el 18 dentro de la serie que viene publicando Alianza Editorial y la Fundación Xavier Zubiri, cuya edición ha sido pulcramente preparada por Germán Marquínez Argote, discípulo y amigo personal del filósofo.

La presente obra recoge, como lo enuncia el título y el editor lo reseña cuidadosamente en la Presentación, un grupo de 12 trabajos de los 22 producidos por Zubiri durante ese lapso de doce años, el cual va seguido de un Apéndice en el que se consignan los textos en francés de algunos de ellos.

De esta docena de escritos cabe destacar aquellos que fueron publicados en *Naturaleza, Historia, Dios*, ya en forma fragmentaria, tal “Filosofía y Metafísica”, ya publicados con variantes, como *Filosofía y metafísica* o “En torno al problema de Dios”. Otros aparecieron en medios de la época, como es el caso de “Sobre el problema de la filosofía”, publicado en *Cruz y Raya* en dos entregas, la última terminada en un “continuará” que nunca tuvo lugar; en el diario *El Sol* de Madrid vio la luz, el 8 de marzo de 1936, “Ortega, Maestro de filosofía”. Se incluyen también tres inéditos: “¿Qué es Psicología?”; “*Res Cogitans*”, texto escrito originalmente en francés, cuya traducción corrió a cargo del editor, y “Nota sobre la filosofía de la religión”, sobre cuyo manuscrito Zubiri realizó la traducción francesa, incluida en los apéndices.

Nos encontramos, pues, ante un nuevo libro con escritos ocasionales de Zubiri, destinado editorialmente a formar una terna compuesta por: *Primeros escritos (1921-1926)*, que contiene los más importantes de ese periodo: la Memoria de licenciatura y su Tesis doctoral. Le sigue el volumen que estamos reseñando, y culminará con un tercero de Últimos escritos, de próxima aparición.

El presente texto, nos avisa el editor, es complementario de *Naturaleza, historia, Dios*. Lo complementa, ante todo, con la publicación de los inéditos arriba mencionados, amén de con aquellos trabajos que, como dijimos, fueron publicados en revistas o periódicos de aquel tiempo. Lo complementa además haciendo patente el enriquecimiento de la re-

flexión en torno de las tres grandes realidades a cuya investigación dedicó el pensador hispano toda su vida: la Naturaleza, especialmente con el Prólogo y la introducción al libro *La física del átomo*, de Arthur March, texto cuya traducción por encargo de Revista de Occidente le fue confiada a Zubiri; la Historia, en primer término, de la de la propia disciplina filosófica, desarrollada de manera sintética y original en el ensayo de mayor extensión de los aquí incluidos, “El problema de la filosofía”, al que haremos referencia más adelante; y por último, Dios, con “En torno al problema de Dios”, en la versión que fue publicada en *Revista de Occidente*, en la que formula inicialmente el tema de la religación, y con “Nota sobre la filosofía de la religión”.

Es complementario en un sentido aún más profundo, pues comprende con mayor integridad los frutos de una etapa de su vida filosófica. En el prólogo a la edición inglesa de *Naturaleza historia, Dios* certifica Zubiri que dicha etapa no es un simple lapso temporal. Ciertamente es un lapso, pero cualificado por la índole de los proyectos o acontecimientos que en él van teniendo lugar, proyectos que pueden ser personales, sociales o históricos. Para el caso particular del filósofo, en su juicio en el mencionado prólogo, se trata la etapa ontológica de su pensamiento.

Como es sabido y consta en *Primeros escritos*, su Tesina de licenciatura de Lovaina del año 1921 y su Tesis doctoral de Madrid del 1923 estuvieron dedicadas, en forma original y pionera en el ámbito hispano, a la obra de Husserl. Posteriormente, en el año 1928 con ocasión de su viaje a Alemania, tiene oportunidad de asistir a los últimos cursos del pensador moravo y las primeras lecciones de Heidegger. Las relaciones de Zubiri con la fenomenología, y específicamente con el pensamiento de Husserl y de Heidegger, es compleja y sería impropio intentar aquí explicitarla. Existen ya importantes trabajos en ese sentido, tal *Génesis y formación de la filosofía de Zubiri*, de Antonio Pintor-Ramos. Básteme decir que más que un conjunto de problemas o de tesis, la fenomenología fue para el joven filósofo, según sus palabras, la apertura del “libre espacio del filosofar”. Libre precisamente de las abusivas imposiciones del psicologismo, que pretendía hacer de la psicología empírica el fundamento de toda ciencia. Husserl, con un titánico esfuerzo había hecho de la objetividad de la conciencia un ámbito originario regido por leyes apodícticas, independientes por tanto de aquellas que rigen los procesos psicológicos del sujeto pensante.

Sin embargo, hacer de la conciencia el suelo originario donde nos es dada la realidad era de algún modo sucumbir al subjetivismo moderno, justamente del que se nutría el psicologismo decimonónico. Lo que inevitablemente conducía no a ir a las cosas mismas, según el lema de la nueva filosofía, sino a caer en un nuevo idealismo. Por eso, para Heidegger el esfuerzo liberador emprendido por su maestro había que lle-

varlo más allá; ¿a dónde?, a donde se ha impedido llegar el “olvido del ser” que ha extraviado a la filosofía occidental de Platón y Aristóteles en adelante. Zubiri está plenamente de acuerdo en que hay que superar el objetivismo de la conciencia, por ello se entusiasma con el pensamiento de Heidegger, de quien es brillante traductor al español. Por ello, en esta etapa de su pensamiento la fenomenología queda, es su personal consideración, como una inspiración pretérita. La filosofía debe ser ontología si quiere vadear con éxito la crisis del pensamiento moderno.

En su ensayo “Sobre el problema de la filosofía”, que encabeza la presente publicación, como gran conocedor de la historia de esta disciplina comienza preguntándose por el problema de la filosofía moderna. Esta se la ha querido entender, ya desde los problemas planteados por la nueva ciencia natural, ya desde los originados por la reforma protestante. Constata que estos intentos son contradictorios, pues previamente a la opción que se tome es necesario saber qué es la ciencia, la religión o la vida; problemas éstos precisamente de la más pura incumbencia filosófica. Es que a diferencia de las ciencias, que tienen o se enfrentan a problemas y en alguna medida los resuelven, la filosofía desde luego que también se enfrenta a problemas, pero su verdadero problema es ella misma, “La filosofía no tiene dificultades: es la dificultad misma de existir teóricamente entre las cosas” (p.40). La filosofía nace siempre de un marco intelectual u horizonte, sólo desde el cual se acerca a las cosas y se admira de ellas. Así, la filosofía griega nace del horizonte de la movilidad; lo que admira al pensador griego es que las cosas cambien y dejen de ser. El horizonte de la filosofía europea, medieval y moderna, es el de la creación; aquí lo que admira es que las cosas, de la nada, lleguen a ser. Por eso la pregunta será: ¿por qué el ser y no mas bien la nada? “En vez de la teoría del griego tenemos una visión en Dios: la *contemplatio*” (p. 121). Por eso, en las líneas finales del ensayo, Zubiri con severa concisión nos dice que la filosofía europea, de san Agustín a Hegel, “no ha nacido ni vivido de sí misma” (ib.). La filosofía griega, por el contrario, con todas sus limitaciones, “nació de sí misma” (ib.). Concluye con una pregunta, cuya respuesta cabal le reclamará el indoblegable esfuerzo reflexivo de casi medio siglo: “¿es que no es posible la existencia de una filosofía que no sea más que pura filosofía?” (p.124).

Muestra de que el anterior interrogante no era simple retórica nos la dan ya trabajos aquí incluidos, como “Filosofía y Metafísica”. En él, con maestría sin par, traza el perfil de las concepciones del saber humano que en occidente han sido: saber como discernir el ser del parecer; saber como definir lo que es; saber como entender aquello que se ha definido. Éste último, a su vez, según lo concibió Aristóteles, como demostrar, especular y experimentar, vale decir, como necesidad apodictica,

como intelección de los principios y como intelección de realidad. Y al constatar que en la historia intelectual de occidente esos modos han corrido divorciados, dictamina: "Con ello se ha dislocado el problema filosófico" (p.213). La consigna de volver a las cosas mismas nos pone en camino de superar esta dislocación. Aún dentro de los esquemas mentales de la fenomenología, nos advierte de la creciente importancia del "sentido de la realidad" (p.212), pero para ello se requiere, más allá de la lógica de los principios, una "lógica de la realidad" (p. 202). Inexacto sería pretender que Zubiri a esta altura de su indagación tenía ya claros los problemas y sólo necesitaba precisar las respuestas. El filósofo parte de una intuición, pero nunca sabe a dónde lo conducirá su esclarecimiento, pues la filosofía propiamente no evoluciona, asevera el propio Zubiri, sino que trabajosamente madura en cada pensador.

Interesante barrunto de su futura concepción antropológica nos lo da "*Res cogitans*", donde, en radical oposición al dualismo cartesiano, asevera: "El 'cuerpo' del hombre no es un cuerpo como lo es un cuerpo físico" (p.207), es "mi" cuerpo; o por mejor decir, "yo soy un cuerpo personal, yo soy una persona corporal" (p.208).

Los especialistas van a encontrar en este nuevo libro referentes necesarios para decantar a cabalidad el conocimiento de la etapa ontológica zubiriana y dilucidar interesantes problemas que ésta plantea, como el de las relaciones con el pensamiento de Heidegger o con la neoescolástica. Igualmente podrán detectar, dentro de esta misma etapa, sugerentes inflexiones y avances de su pensamiento, al comparar los textos aquí publicados con los aparecidos en *Naturaleza, historia, Dios*, valga el caso de "En torno al problema de Dios". Finalmente será de gran ayuda a los interesados en el estudio genético de su pensamiento.

El lector no iniciado podrá disfrutar aquí de ese estilo ágil, brillante y multifacético que ha hecho inolvidable a *Naturaleza, historia, Dios*. Encontrará rasgos cálidamente humanos de la personalidad del filósofo: el homenaje agradecido a su maestro Ortega o la solícita orientación de joven profesor a un alumno promisorio como Marías o, en fin, el admirado reconocimiento del gran sabio e investigador bíblico que fue el P. Lagrange. Por sobre todo, le permitirá asistir al denodado braceo de la inteligencia enfrentada a los auténticos problemas, los que nos plantean las cosas mismas, y los que le exigen también al hombre del siglo veintiuno el penosísimo esfuerzo del filosofar.

Fideligno Niño M.

AA. VV.: *Homenaje a Julián Marías. Un siglo de España*. Alianza Editorial, Madrid, 2002. 404 pp.

Julián Marías no ha vivido un siglo, pero se acerca. El próximo mes de junio cumplirá 90 años, caso de longevidad poco frecuente entre los filósofos españoles más celebrados. Ocasión propicia también para reseñar este libro, que en rigor no miraba a la efemérides por venir, sino a la concesión de la Medalla de Oro al Mérito en el Trabajo hace ahora un par de años. Es verdad que a Julián Marías se le han venido tributando homenajes diversos en los últimos tiempos. Sin embargo, en un país cuya fábrica de moneda y timbre emite sellos dedicados a personajes de tebeo y no es capaz de efigiar a nuestros pensadores, no está mal que estos últimos alcancen notoriedad a través del homenaje escrito.

En el caso del presente volumen, además, su contextura no hace sino atestiguar el estatuto de personaje público de que ya gozaba Marías desde tiempo atrás, así como de figura catalizadora de trayectorias personales muy distintas. Se trata de un libro de colaboración. En estos casos suele decirse que su calidad depende de la de cada una de las aportaciones. En cambio, aquí lo más interesante es resaltar la enorme variedad que registra la gama de firmas que concurren. Entre 52 nombres puede uno encontrarse a políticos de diverso signo, como Jaime Mayor Oreja o Enrique Múgica Herzog; docentes de filosofía de distinta formación, como Miguel García-Baró o mi profesor Pietro Prini; más de un académico de la lengua, teólogos, juristas... y hasta un militar. En verdad, cabría clasificar de muchas maneras este listado tan variopinto. Podría apelarse, por ejemplo, a la fecha en que unos y otros conocieron a Marías. En esto parece que el reconocimiento de antigüedad sería para Fernando Chueca Goitia y, acaso en segundo término, para Antonio Truyol Serra, que entre tanto ha dejado de estar entre nosotros. Podría también acudir a un criterio más íntimo y difícilmente evaluable, como es el grado de amistad con Marías. En este concepto también está presente Fernando Chueca con un sentido homenaje de amistad que incluye un poema dedicado al amigo. Todavía podría distinguirse entre firmantes de este lado del Atlántico y del otro, comprometidos directamente con el trabajo de Marías a través de la asociación FUNDES o no, emparentados por vínculos de sangre o de amistad o conocimiento.

Tal vez la manera más sencilla de clasificar los trabajos sea la de distinguir entre aquellos que versan directamente sobre la persona y la obra de Julián Marías y aquellos otros que, en cambio, hacen una alusión sólo breve al filósofo como motivo para desarrollar un tema propio. Entre los primeros no tienen desperdicio los artículos de tres de sus hijos: Álvaro, Javier y Miguel. Desvelan facetas psicológicas y domésticas del hombre que hay detrás del personaje, subrayando o completan-

do lo que el lector ya podía saber por las páginas de sus memorias. También entran en este grupo los artículos de Helio Carpintero, Adela Cortina, Miguel García-Baró, Harold Raley, etc., de contenido expresamente filosófico. Al segundo grupo pertenecen, en cambio, escritos de tema histórico, económico, psicológico, etc. Desde luego que no se puede decir que Julián Marías sea un hombre que haya pasado desapercibido.

Pese a lo antedicho, Marías ha cosechado también desdén. En determinados círculos académicos se le desprecia por falta, dicen, de un pensamiento filosófico verdaderamente riguroso. Esto, que es materia discutible, se vuelve ingente falsedad cuando se afirma simplemente que Marías no es un filósofo. Evidentemente, esta opinión sólo puede deberse a la ignorancia, al desconocimiento culpable de una obra que está ahí y que ha proseguido con un despliegue interno propio. Es verdad que Marías no ha sido un filósofo puro, si por tal se entiende, al estilo de Husserl o de Zubiri, alguien que prácticamente sólo ha escrito filosofía. Pero Marías no es un mero articulista de periódico. Tiene obra filosófica y no se puede negar que nos lega desde hace años una filosofía de la persona con ramificaciones que van a la teología o a la comprensión de algo tan debatido como la identidad nacional. Esta filosofía, verdadera o falsa, pero filosofía al cabo, ha tenido su influencia como no podía ser menos en autor tan leído. Y, sin embargo, parece que a veces vence el miedo a citar su nombre, como si existiera el temor de que quedar mal ante alguien. A continuación me voy a remitir a un caso que aduzco sólo –advíertase bien– a título de simple sospecha.

Nuestro caso tiene que ver con la obra de Xavier Zubiri, quien, como se sabe, fue profesor y amigo de Marías. Hoy dicha obra está cotizada como una de las más serias y rigurosas construcciones filosóficas que ha conocido la lengua española, en verdad difícil para un no iniciado. Pues bien, entre las tesis sobre Zubiri que en España han sido hay una publicada con el título de *Noción de persona en Xavier Zubiri. Una aproximación al género*, de Blanca Castilla. Aunque la publicación es ya vieja (Rialp, 1996), el ejemplo vale. El trabajo de Blanca Castilla fue la primera exposición larga de la antropología de Zubiri y, hacia el final, pretendía fundamentar la distinción entre varón y mujer desde los conceptos del filósofo vasco. Invocaba entonces, a fin de sentar las bases de una filosofía del género (masculino/femenino), la noción escotista de trascendental disyunto. Esta noción, ciertamente, está en la obra de Zubiri, si bien no como referida a la diferenciación sexual. Ahora bien, creo que quien conozca en profundidad el sistema conceptual de Zubiri y haya leído pacientemente cada línea de sus escritos difícilmente se sentirá convencido de la interpretación de Blanca Castilla, que no parece suficientemente justificada en el *corpus* zubiriano. Sin embargo, si

hay un filósofo que acude al concepto de disyunción para explicar la dualidad varón-mujer ése es Julián Marías. Lo hizo en *La mujer y su sombra* (1987) y, muchos años antes, en su *Antropología metafísica*. No me parece descabellada la sospecha de que Blanca Castilla haya buscado para Zubiri una idea cosechada en huerto ajeno. Y si así fuera podría al menos haber citado a Julián Marías. En este caso, no es que Marías venga a socorrer al Zubiri conferenciante indicándole la forma correcta de una palabra griega –tal como recuerda uno de los artículos del libro-homenaje–, sino que acaso se lo ha querido acomodar de manera un poco forzada en un paraje intelectual que no es el suyo. Sin duda, la intención era la de enriquecer ese paraje. Pero en cualquier caso, por las razones que fuere, se ha preferido silenciar el nombre de Julián Marías.

Uno tiene sus dudas de que un libro de homenaje sirva para que la obra de un autor sea más leída. Pero seguramente que sí es útil para que, al menos, se reconozca y no se arroje al olvido la calidad humana y el trabajo de la persona agasajada. Tratándose, además, de una labor conjunta, en ella se reconoce ese otro trabajo de las personas que participan, el cotidiano y el específico para la ocasión. De este último cabe decir que el tono general del libro es accesible y se lee, en la mayoría de los casos, con gran fluidez. Sirva también ello como testimonio de un aire de familia con los usos literarios del filósofo de Valladolid.

José Luis Caballero Bono

USCATESCU BARRÓN, Jorge: *La teoría aristotélica de los templos. Un estudio histórico-filosófico de la afectividad en la Antigüedad*. Sociedad Iberoamericana de Filosofía, Madrid, 1998.

El primer indicio de que nos encontramos ante una obra sólida e interesante que merece la atención de los interesados en el aristotelismo nos lo proporciona la biografía intelectual del autor. En la Albert-Ludwig-Universität de Friburgo (Alemania) Jorge Uscatescu corona sus estudios de filosofía, filología clásica y filología románica con una tesis doctoral sobre la ontología heideggeriana. Avalan su sólida formación intelectual sus investigaciones sobre la literatura jurídica española del Siglo de Oro (*Corpus Hispanorum de Pace*) y sobre la lexicografía europea comparada (*Vocabulaire Européen des Philosophies*), además de artículos en revistas de prestigio internacional sobre filosofía de la religión, ontología y fenomenología. En este momento prepara una obra sistemática sobre la afectividad. El libro que nos ocupa se inscribe en este programa con una investigación sobre los templos, término poco

usual, pero del que el autor justifica suficientemente su recuperación frente a términos como sentimientos, emociones, afectos o pasiones.

Basta abrir el libro por cualquier página para confirmar la calidad científica de la obra. La abundancia de las fuentes consultadas y la bibliografía interpretativa estudiada es abrumadora, el dominio que exhibe de las mismas, excelente. Quien se haya tomado la molestia de preparar índices para una publicación apreciará en su justa medida lo completos y útiles que son los índices conceptual, de términos griegos, de fuentes y onomástico de fuentes así como el índice de pasajes citados de fuentes antiguas que complementa la edición. No hay duda de que estamos ante una obra que ha de servir de referencia al estudioso de Aristóteles que desee disponer de un arsenal bibliográfico, textual e interpretativo de gran calidad sobre un tema tan crucial e interesante como el de los temples. Porque no nos cabe la menor duda de que el profesor Uscatescu ha dado en la diana al elegir como tema de sus preocupaciones intelectuales el asunto de los temples y precisamente tomando como foco de su atención al estagirita, cuya obra contiene “el primer gran ensayo de clarificación de estos fenómenos [...] con una insospechada repercusión e influencia en los planteamientos posteriores hasta nuestros días” (3). No creo que haya que convencer a nadie de la importancia capital que juegan los sentimientos en nuestra vida cotidiana. Y tampoco hace falta argumentar mucho para hacer ver que los temples permean toda la obra aristotélica. Es cierto que ningún tratado *conservado* del Filósofo se dedica a un estudio sistemático de nuestra vida afectiva, pero qué sería de su ética, retórica, poética, política o de su psicología si extirpáramos las agudas explicaciones y referencias a los sentimientos. La obviedad que acabamos de constatar no lo es tanto cuando caemos en la cuenta de la ausencia de estudios sistemáticos, potentes y actuales sobre este tema, como muestra el autor en las primeras páginas. Por eso es de agradecer una obra como esta que llena con total dignidad y pertinencia el vacío señalado.

Pero hay más cosas que agradecer al autor. Entre ellas destaca el planteamiento ambicioso de la obra. Se trata ni más ni menos que de bosquejar una historia filosófica de la afectividad en la Antigüedad. Esbozo, desde luego, en lo que hace al pre y al post aristotelismo (capítulos primero y noveno), porque en lo relativo a Aristóteles podemos hablar de un verdadero estudio sistemático. En efecto, el profesor Uscatescu investiga e interpreta “todos los aspectos que aparecen ora estudiados, ora aludidos, ora solamente sugeridos, pero no nombrados en todos los textos del *Corpus aristotelicum*, incluidos tratados o bien de dudosa atribución a Aristóteles o claramente pseudoaristotélicos, pero que acusan una clara raigambre peripatética [...]” (7). La finalidad perseguida es reconstruir “la fisonomía que habría poseído un hipotético

tratado aristotélico sobre esta materia" (8). Hay que agradecer el exquisito rigor metodológico desplegado en esta ingente tarea: primero descubrir y singularizar los pasajes pertinentes, para interpretarlos a continuación convenientemente teniendo en cuenta el libro donde se hallan, que es su contexto remoto, así como su contexto próximo al tiempo que se le coteja con otros pasajes para que dé de sí todo lo que encierra. Consciente de las dificultades metodológicas de su tarea de construir un tratado sistemático sobre la afectividad en Aristóteles, se esmera en analizar aquellos pasajes que permiten entrever qué contenido y disposición hubiera tenido. Los resultados obtenidos dejan satisfecho al lector tanto en cuanto al rico material desentrañado respecto de la descripción de cada temple, de sus relaciones con el resto y de su clasificación ordenada en un todo interpretativo suficientemente coherente.

Hay que agradecer que el planteamiento sea, además de ambicioso, también radical. En efecto, se trata de un estudio en toda regla sobre la ontología de los temples. La cuestión básica que nos orienta a lo largo de las casi quinientas páginas de texto denso, pero ágil, es ¿qué son los temples? El *êthos* es el horizonte interpretativo que da sentido a la respuesta aristotélica. La radicalidad de la pregunta unida a una aplicación implacable de la metodología interpretativa que ya hemos expuesto conducen a resultados que van más allá de recuperar "lo dicho por Aristóteles" en un ejercicio de pura investigación y erudición histórica: se alcanzan también resultados dignos de seguir siendo pensados por su absoluta pertinencia actual.

Quien nos ha seguido hasta aquí ya ha comprendido que el destinatario de esta obra no es únicamente el historiador interesado en Aristóteles o en la historia filosófica y cultural de la Antigüedad, sino sencillamente quien se siente filósofo sin calificativos, pues ¿a quién no interesa una elucidación tan oportuna del elemento clave de nuestra vida afectiva?

Damos razón a continuación de la estructura general de la obra. El capítulo que abre el libro pasa *breve revista al problema de la afectividad en los griegos antes de Aristóteles*. Pretende enmarcar la doctrina aristotélica, desarrollada en los capítulos centrales, al tiempo que resaltar la originalidad del estagirita respecto de la indiscutible herencia recibida.

El capítulo segundo se dedica a la *exposición sistemática de los temples*. Después de estudiar los distintos elencos aristotélicos, se expone cada uno de los temples analizándolos según el siguiente esquema: 1) definición del temple en cuestión; 2) breve estudio semasiológico de la palabra griega y breve repaso también del concepto antes de Aristóteles; 3) análisis del *pôs diakeîmenoi* donde aparece el *êthos* del agente (estudio del tipo de "estado afectivo" característico del temple en cuestión);

4) con el *pros ti* se alude a la dimensión cognoscitiva del temple, que puede dirigirse a un objeto o varios; 5) por último, en el examen de la dimensión del *timí* se señala la intersubjetividad del temple respectivo, dado que en ellos nos encontramos vertidos hacia los demás de un modo u otro, como se deduce del tratamiento aristotélico. En esta indagación se estudian todos los tratados en el *Corpus aristotelicum*, empezando por los explorados en la *Retórica*, tratado que da unidad a este capítulo. El encadenamiento del análisis sigue un esquema que el lector encuentra natural: se pasa de un temple a su opuesto o a sus semejantes, pues no parece que Aristóteles establezca jerarquías o clasificaciones entre ellos en términos de géneros y especies.

Una palabra sobre una de las tesis centrales de este capítulo: la definibilidad científica (por género y diferencia específica) de los temples. Echamos de menos qué se entiende por tal en Aristóteles y cómo se salvan las enormes dificultades de la empresa de la definición y que están patentes en los lugares dialécticos de los *Tópicos* en que se critican las definiciones. Ahí se explican los múltiples requisitos que se necesitan para la definición acendrada. No se garantiza que satisfacer todos esos requisitos implique haber dado con la definición científica. En cambio, con incumplir uno sólo de ellos, tendremos la seguridad de no estar delante de una definición (*Top.* VII, 5, 155a 3-23).

El capítulo tercero aborda *el lugar de los temples en el alma*. El tratado aristotélico que da unidad al capítulo es el *De anima*. En este capítulo insiste el autor en la dimensión perceptiva de los temples (§ 31, p. 184-190) ya anunciado anteriormente. Según el autor se trata de “genuinos fenómenos intencionales que presentan objetos, aunque de una manera distinta que en la mera sensación o percepción”, (p. 82). Cabe preguntar al profesor Uscatescu si esto es así y siempre así en Aristóteles. La ira, por ejemplo, tal y como la describe el Estagirita, parece levantarse *a raíz* de la percepción de una injusticia, no siendo ella misma quien la descubre. Tan es así que la ira puede desentenderse de la injusticia que la motiva y cobrar autonomía propia. Para dar una respuesta matizada a este interrogante, sería menester analizar con cierto detalle las *relaciones* establecidas por Aristóteles entre *lógos* y *órexis* aspecto que echamos de menos en el estudio de Uscatescu. El capítulo pone adecuadamente de relieve el *carácter cinético* de los temples en su doble movimiento centrípeto (persiguiendo el objeto deseado) y centrífugo (evitando el objeto). El *carácter temporal* de los temples queda, así, al descubierto. Apoyándose en estas explicaciones del *De anima* se entiende bien la contrariedad entre los temples que había puesto de manifiesto el nítido análisis de la *Retórica* llevado a cabo en el capítulo anterior.

El capítulo cuarto sigue con naturalidad al anterior preguntándose por la conexión entre el temple y el cuerpo. Queda así planteada la do-

ble dimensión psíquica y somática del temple en sus dimensiones fisiológica y fisiognómica. Este cuarto capítulo, se pregunta en términos aristotélicos por la causa material de los temples. Adentrándose con pericia en los difíciles tratados biológicos de Aristóteles nos da una visión muy interesante de esta olvidada cuestión que ilumina textos y aspectos relevantes de la doctrina aristotélica. Resulta muy interesante el excursus acerca de si se dan los temples en los animales (§ 37, p. 228-236).

Los dos capítulos siguientes forman una cierta unidad pues analizan la dimensión ética y política de los temples, ya apuntada en el estudio de la dimensión *timi* de cada temple, estudiada en el capítulo segundo. La unidad de estos capítulos viene dada por la misma unidad que existe entre los tratados éticos y la *Política* aristotélica.

El capítulo quinto, dedicado al estudio de *las virtudes y los temples*, siguiendo la metodología explícita señalada por el autor, se inicia presentando los escritos éticos del Estagirita que constituyen el contexto remoto que nos va a permitir interpretar los textos. El capítulo continúa definiendo la virtud ética. El autor afirma que “esta intuición aristotélica [que la virtud lo es acerca de los temples] se verifica plenamente en el análisis de cada una de las virtudes éticas, que se revelan como modos de habérselas con los temples” (p. 243). Esta tesis halla complemento cuando se concibe la virtud como justo medio entre el exceso y el defecto del temple (p. 245). El autor coloca dentro de este esquema, que nos parece a nosotros lecho de Procusto, virtudes como la *philia* y la *dikaiosine*. El autor sabe de los problemas que encierran estas dos “virtudes éticas” (p. 290 y 292). Lamentablemente no los señala explícitamente, aunque el autor conoce las dificultades para encajar la *dikaiosine* o la *nemesis* en el esquema del justo medio así como el que todas las pasiones, por ejemplo la envidia (*phthnos*) y la malignidad (*epicairakakia*), puedan tener una regulación virtuosa. Dada la agudeza de análisis del profesor Uscatescu, esperamos mucho de las publicaciones prometidas donde, con seguridad, abordará estos problemas con la amplitud requerida.

De este capítulo resulta muy interesante el tratamiento de la voluntariedad de la virtud (p. 251-256), la síntesis sobre la virtud de la liberalidad (p. 276-279) y el acertado análisis de la magnanimidad (p. 281-287).

El capítulo sexto, *la pólis como espacio de los temples*, está dedicado a estudiar lo que nos puede enseñar la *Política* sobre la afectividad humana. Está en íntima relación con el capítulo anterior y, en especial, con el segundo, dedicado al estudio del empleo retórico de los temples. Nos parece un capítulo bien construido que cumple el objetivo propuesto: mostrar que “los temples se engarzan y se despliegan en el espacio de la *pólis* hasta el grado de convertirse en móviles del juego político y de los cambios o revoluciones políticas” (p. 307). El § 46, que

estudia los motivos emocionales del cambio y de la estabilidad política, merece ser leído con suma atención.

El capítulo séptimo es, en mi opinión, uno de los mejor logrados. Se dedica a estudiar *los templos como elemento básico de la experiencia estética*. El análisis interpretativo de la famosa expresión *kátharsis tón pathêmátôn* (p. 360-374) es magnífico por la minuciosidad del análisis textual y por el debate razonado que mantiene con otras posiciones interpretativas, incluida la sostenida por nuestro García Yebra en su excelente edición trilingüe de la *Poética*. También resultan muy convincentes las explicaciones dadas en el § 55 sobre la dimensión emocional de la música a partir de los últimos párrafos de la *Política*, posiblemente extractos del tratado perdido *Peri mousikês*.

El capítulo octavo, último dedicado a la teoría aristotélica, versa sobre *los templos en la vida óptima del hombre*. El problema capital abordado es “si el ejercicio de la filosofía, la suprema forma de *bíos theôretikós*, está o no exenta de afectos” (p. 385). Frente a una muy extendida interpretación intelectualista de la felicidad aristotélica que culmina en una cierta imperturbabilidad del alma, la sólida prueba aportada lleva a concluir que, dado que el ideal de la vida humana consiste en llevar a la perfección la parte más propia del hombre, el *érgon* humano habrá que situarlo principalmente “en el *êthos*, [y] por ello también en los templos, porque ese talante es, en definitiva, lo más propio que tiene el hombre frente al animal y a lo divino” (p. 428). El modo de interpretar e insertar las virtudes naturales (p. 388-389) en el conjunto de la doctrina aristotélica no nos parece el adecuado. Opinamos que comprenderlas en su relación con la educación (crecimiento) de la virtud, es la estrategia más adecuada.

El capítulo noveno y último está dedicado a *la herencia aristotélica en la filosofía antigua*. La tesis fundamental sostenida aquí es que la historia de la influencia aristotélica puede leerse como una discusión para rechazar o adoptar la posición aristotélica. Pero este capítulo no cuenta una historia minuciosa, sino que es un boceto con el acento puesto en la fortuna de la doctrina aristotélica dentro de la discusión entre escuelas filosóficas. Esta historia termina con el crepúsculo de la Antigüedad. No entra en la exposición de la novedad introducida por el cristianismo.

La evaluación crítica de la propuesta del profesor Uscatescu, que hemos incluido en algunos párrafos, no pretende restar un ápice del aprecio por sus méritos. Que se viertan críticas contra esta interpretación, supone que existe *una interpretación* digna de ser tenida en cuenta como interlocutora cualificada en el debate contemporáneo sobre la comprensión de nuestra vida afectiva.

Jesús Manuel Conderana Cerrillo

DÍAZ DÍAZ, Gonzalo: *Hombres y Documentos de la Filosofía Española*, vol. VII. Centro de Estudios Históricos, CSIC, Madrid, 2003. LI+1049 pp.

Con el volumen VII finaliza la magna obra del Investigador emérito del CSIC, el Dr. D. Gonzalo Díaz Díaz, *Hombres y Documentos de la Filosofía Española*. Corresponde a las letras que van desde la S a la Z.

Ningún estudioso del pensamiento español desconoce esta obra. Aún más, son muchos los interesados puesto que es un instrumento imprescindible de trabajo para conocer y profundizar en este área de conocimiento, pues desde su primer volumen en 1980, Gonzalo Díaz ha ido presentándonos los filósofos españoles desde el primer testimonio escrito hasta los actuales, los autores que viven y ejercen en estos momentos la docencia y presentan su obra filosófica. Desde muchas perspectivas se puede estudiar esta obra, los especialistas de las historias locales desde cada una de las autonomías españolas, los interesados por diversos campos concretos: los médicos-filósofos, los juristas, los filósofos puros...

En el momento de la jubilación oficial del Dr. Gonzalo Díaz, muchos se sintieron inclinados a proponer a la administración que esta obra pudiera actualizarse, según el plan previsto por su autor, editando unos apéndices que configuraran el panorama actual de la filosofía, pues hace dos décadas algunos filósofos que hoy poseen una espléndida obra no habían sido reseñados. Sin embargo, no ha podido ser, de momento ha ganado la legalidad frente al entusiasmo de todos los especialistas que plantearon el valor de esta obra.

Este volumen comienza con una cuidada bibliografía general y reseña de las revistas utilizadas que constituyen una joya investigadora. A continuación se expone la biografía y los documentos de muchos autores, que ahora no podríamos nombrar en su totalidad, a los que siempre acompañan, además de la reseña de sus obras, las investigaciones que se han realizado sobre ellos. Destacaremos algunos:

a) En el siglo I aparece Séneca, al que dedica un espléndido estudio de las págs 240 a 252, señalando su hispanismo del que queda constancia en el movimiento estoico español, así como las dimensiones metafísica, antropológica, de teología natural... de su obra y una bibliografía de las págs 253 a 277. También aparece San Valerio del Bierzo.

b) En el siglo IX dedica un estudio al Abad Sansón.

c) Destacaremos del siglo XIII a Anselmo Turmeda, excelente historiador medieval.

d) En el XIV aparecen Sem Tob de Carrión, San Vicente Ferrer y Jehudá Bonseñor, entre otros.

e) En el XV se estudia a Raimundo Sabunde; Rodrigo Sánchez de Arevalo; Juan de Torquemada, Alfonso y Juan Valdés

f) En el siglo XVI están, entre otros muchos, el médico Miguel Sabuco y su renombrada hija Oliva Sabuco de Nantes, el lógico Domingo de San Juan de Pie del Puerto, Francisco Sánchez el Escéptico, Teresa de Jesús, a la que dedica un magnífico estudio y reseña bibliográfica que va desde las páginas 461 a 503; el humanista Francisco Sánchez de las Brozas; Juan Ginés de Sepúlveda, Miguel Servet, Domingo de Soto; expone un largo estudio de Francisco Suárez reconociendo el lugar que ocupa en el pensamiento español y universal, desde las págs 383 a 426; Pedro de Valencia, el médico Francisco Vallés apodado El Divino, Gabriel Vázquez, Andrés Velázquez, Alejo Venegas, Pedro Viana, Luis Juan Vileta. También destaca con un cuidadoso estudio a Francisco de Vitoria, desde las págs 884-902, y al prestigioso humanista Juan Luis Vives desde las págs 902 a 925; Abraham Zacut, Juan de Zumárraga, Francisco Zúmel y Diego de Zúñiga.

g) En el XVII, entre los autores destacados se encuentran Saavedra Fajardo, Antonio Sala y Diego Zapata.

h) También señalaremos el estudio de algunos de los ilustrados como son Ramón de la Sagra, Ramón de Salas, Martín Samiento, Rafael de Vélez, Luis Antonio Verney y el médico José Antonio Viader.

g) El XIX, como sabemos, ha sido un destacado siglo. Así, entre los krausistas se estudia con detenimiento a Manuel Sales Ferré, Nicolás Salmerón, Joaquín Sama Vinagre, Vicente Santamaría de Paredes, Julián Sanz del Río, Tomás Nicolás Serrano, Tapia, Leopoldo Urquía y Antonio Zozaya. También se estudian los médicos Ramón Turró y Fernando Weyler; el sociólogo Sanz Escartín y a Juan Valera, Pedro Sala Vilaret, José Verde Montenegro y Enrique José Varona.

h) En el XX se estudia la obra de filósofos actuales como Manuel Sacristán, Javier Sádaba, Jaime de Salas, Javier San Martín, Claudio Sánchez-Albornoz, Sánchez de Muniain, Sánchez Meca, Sánchez Vázquez, José Sanmartín, Luis de Santiago Guervós, Horacio Santiago-Otero, Santos Escudero, Fernando Savater, Serra Hunter, Gonzalo Sobejano, Marcial Solana, Suances Marcos, Terricabras, Thiebaut, Tierno Galván, Todolí, Andrés Tornos, Torras y Bages, Eugenio Trías, Trías Mercant, Tusquets, Carlos Valverde, Juan F. Yela, Ricardo Yepes, Teófilo Urdanoz, Fermín de Urmeneta, Nicanor Ursúa, Ramón Valls Plana, Luis Vega, Julián Velarde, Gerardo Vilar, José L. Villacañas, José Villalobos, Alicia Villar, Juan V. Viquiera, Bartolomé Xiberta, Joaquín Xirau, Ramón Xirau, Juan Zaragüeta.

Nos detendremos en las páginas que dedica a Miguel de Unamuno en el que trata con detención su obra y su vida a través de un hondo y poético estudio de más de 60 páginas. De María Zambrano compone

una biografía intelectual de más de 20 páginas, ensartando su trayectoria vital “imprescindible como en pocos autores para entender el sentido último de su obra” (pág 959); así, recorre su biografía, señala etapas y se adentra -como pocos- en sus influencias y especialmente en la originalidad de este pensamiento. También dedica un denso estudio a Xavier Zubiri recomponiendo y actualizando su bibliografía, así como la importancia de su pensamiento en el panorama vigente de la filosofía española.

Recordar los valores de esta obra: su amplitud ideológica, el estudio reflexivo de cada autor, el tiempo que recorre desde el siglo I de nuestra era a nuestros días, la abundante bibliografía reseñada, que va desde las obras de cada autor a los estudios que se le hicieron en su época, posteriormente y la actual... son algunos reconocimientos de esta valiosa investigación española a la que no estamos acostumbrados, pues nuestro hábito suele ser mirar hacia fuera sin reconocer demasiado la tradición y la valía de nuestros investigadores como Gonzalo Díaz, galardonado con destacados premios como el Humboldt de 1992.

Juana Sánchez-Gey

JIMÉNEZ RUIZ, José María: *Vivir en familia (Un mapa para caminar en pareja y convivir)*. Acento Editorial, Madrid, 2003.

José M^a Jiménez escribe con profundidad y conocimiento, basándose continuamente en sus amplios estudios y lecturas, en su dilatada experiencia profesional en la que ha tratado a cientos de parejas y familias con problemas, de cómo es posible conseguir, con voluntad e inteligencia, dentro del ámbito de la pareja y de la familia, a pesar de las dificultades de todo tipo que en el mundo de hoy se nos presentan en la ruta del amor, ese “equilibrio emocional”, activo e imaginativo, que nos va a permitir ir creciendo y madurando en la búsqueda constante de nuestra perfección.

Nos explica cómo es posible dar con la clave de la felicidad dentro de la familia, cómo, a pesar de los ataques y menosprecios que continuamente recibe esta primera institución social que nutre, educa, socializa a los hijos, está lejos de su extinción y muerte. Aun cuando la sociedad familiar debe asumir las necesarias y estructurales modificaciones externas e internas que los nuevos tiempos le imponen, se encuentra muy lejos de su acabamiento y derrumbe. La familia tiene una hermosa ruta que recorrer porque “sigue siendo un lugar ideal para compartir proyectos, alentar sueños comunes e incentivar y despertar los intereses y anhelos personales” (p.221).

La familia, escribe en el "Prólogo" del libro el doctor Alejandro Rocamora, "es un proceso adaptativo y dinámico que pasa por diversas situaciones y cambios a lo largo de la vida", que hay que saber entender y dirigir. A eso precisamente aspira el bello libro que tenemos entre manos.

Como ya hemos apuntado más arriba, el autor de este libro, aparte de sus amplios fundamentos teóricos, ha encontrado una fuente inagotable de datos y conocimientos en su larga experiencia como experto en dirección familiar en el Teléfono de la Esperanza, en donde centenares de parejas han encontrado la luz para salir del laberinto y, al mismo tiempo, le han aportado a él "unos estímulos inapreciables que han alimentado su interés para comprender y analizar las diversas disfunciones que se generan en el contexto familiar" (p.17).

Ocurre muchas veces que, cuando aparecen los primeros nubarrones en la vida de pareja, "nos encontramos desnudos de las técnicas de resolución de conflictos" (p.18), porque, en efecto, vivir en pareja es difícil, y complicada es la tarea de llevar a cabo una paternidad responsable. "El 'oficio' de ser padres tiene marcados objetivos y programas definidos que no encontraremos en manuales al uso... No existen escuelas superiores que expidan diplomas y en las que se 'capacite' para 'hacer' seres humanos completos, personas equilibradas, libres y felices".

No sirve tampoco el simple "sentido común", afirma José María, para llevar a cabo la alta función de ser padres o cónyuges. "La paternidad no es una ciencia infusa" que se aprenda sin saber cómo; en una sociedad como la nuestra, en la que se exige una preparación específica hasta para las tareas más triviales, es paradójico que se haga tan poco por la formación de los padres. Observamos muchas veces que hay "una gran cantidad de hombres y mujeres voluntariosos, llenos de buenas intenciones, pero que no se han detenido a reflexionar seriamente en cómo hacer para que su convivencia familiar transcurra por los cauces de una gratificante armonía" (p. 21).

Éste es el propósito esperanzado del autor: ayudar a reflexionar, "aunque le abrumba la complejidad del empeño". Se trata, como hemos dicho más arriba, de ofrecer un sencillo mapa, que no es más que la representación de un territorio, pero que no exime al montañero del esfuerzo, "de cargarse su equipo para ir ascendiendo a través de veredas muchas veces pedregosas y difíciles hacia las cimas soñadas" (p. 24). Asume el riesgo con esperanza, porque en contacto con "tanta buena gente ha comprendido que, pese a las dificultades, hay muchísimas parejas que no han renunciado al esfuerzo en mantener viva y dinámica su propia relación y la de liderar con la máxima competencia su propia familia".

A lo largo de seis amplios capítulos se van desgranando, en diálogo inteligente con el lector, los problemas más esenciales que plantea el vivir en pareja y en familia. En primer lugar, en el capítulo titulado la familia en la encrucijada, a través de diferentes apartados, nos habla de las crisis de la familia; de que ésta “no sólo ha sido capaz de sobrevivir, sino que parece gozar de espléndida salud, de que sigue siendo el ámbito más seguro de protección a la intimidad, el mejor espacio de la solidaridad, del amor gratuito, del sacrificio por los otros, el mejor foro de diálogo y reflexión...” (p.31).

Naturalmente que surgen nuevos modelos familiares, nuevos retos y desafíos, valores emergentes que hay que tener en cuenta, si no queremos fracasar; aunque el amor y la felicidad deben seguir siendo los valores fundamentales, los objetivos esenciales, debemos revisar “roles tradicionales” en los que el patriarcado y el machismo dominaban la escena, y abrimos definitivamente a una “ética de la igualdad entre el hombre y la mujer”.

Aborda después José M^a Jiménez el problema de la comunicación como “un hecho inevitable en la existencia humana, fuera del cual no tenemos posibilidad alguna de realizarnos” (p.59). De la comunicación depende que se instale en nuestras relaciones el equilibrio o, por contra, la confusión y el despropósito. Todo en la vida es comunicación, todo tiene valor de mensaje. Ahora bien, “la comunicación es todo menos fácil, es un complicado proceso que hay que saber utilizar con eficacia... Es la ‘piedra angular’ sobre la que descansa el éxito o el fracaso de la vida en pareja, de las relaciones de los padres con los hijos”.

El tema de las relaciones triangulares ocupan otro de los capítulos del libro. Deja de lado el autor el concepto de “triángulo amoroso”, que es en lo que todo el mundo piensa cuando escucha esta expresión y que hace referencia al problema de la infidelidad en la pareja (asunto sin duda realmente importante y gravemente destabilizador en las relaciones amorosas) y se centra en lo que él llama “relaciones triangulares” de diversa índole, en las que se puede ver implicado algún miembro de la familia que se une de forma enfermiza a otro miembro, coaligándose y apoyándose en él para cualquier asunto, excluyendo y destruyendo simultáneamente a otro miembro de la misma. Así, se pueden dar relaciones de este tipo entre padre-hijo/a, madre-hijo/a, hermano/a-hermano/a; madre-familia de origen...). “Hay que desterrar del mapa familiar”, afirma tajantemente el profesor Jiménez, “las ‘pautas triangulares’ como algo realmente demoledor que va minando al elemento con el que no se cuenta”.

Se dedica en la obra un capítulo entero al sugestivo tema de los límites en las relaciones familiares, de saber encontrar esa necesaria frontera entre lo personal y lo familiar. Hay que saber conquistar “un justo equi-

libro entre proximidad y distancia, entre la integración con otros 'yoes' y la defensa de la propia identidad, entre la necesaria apertura a los demás y la no menos conveniente preservación de la propia intimidad" (p.120). Debemos saber qué territorios pueden ser transitados sin problemas, "en cuáles otros es preciso avanzar con cautela, y en dónde conviene detenemos" (p.123).

La vida de cada persona, nuestra vida, necesita espacios propios, parcelas privadas en las que moverse, en las que crecer. El amor en la pareja "no puede ser una prisión, sino un crecer "como los cipreses, soñando esperanzados con acariciar el cielo, uno junto al otro, pero hundiendo cada uno de ellos sus raíces por separado en la tierra que los alimenta" (p.127). El amor nunca puede ser posesivo. Hay que saber ser libre y dejar libres a los demás. "Nuestros hijos no son "nuestros", ni son un apéndice de los padres..."

Nos habla el profesor José M^a Jiménez en el capítulo 5º del complejo "oficio" de la parentalidad, de saber ejercer con dignidad y entrega la misión de ser padres. "Ninguna empresa es comparable a la de educar a los propios hijos" (p.151). ¿Por qué? "Porque el objeto al que va dirigida la acción educativa es de una complejidad extrema, porque se trata, nada menos, que de la formación de seres humanos". No hay nada en el mundo más precioso y sugestivo que ser padres, "pero también pocas cosas más complicadas y hasta misteriosas". No hay fórmulas mágicas, por lo que hay que 'echar' a la aventura: mucha generosidad, entrega, inteligencia, imaginación...

Los hijos reclaman el tiempo y la atención de los padres. Éstos deben dejar el pesado fardo de la culpabilidad y coger definitivamente la antorcha de la responsabilidad, sin miedos ni complejos, transmitiendo a su prole valores a través de su palabra y de su ejemplo. Deberían armonizar los padres las actitudes de exigencia y compromiso con las de diálogo, tolerancia, comprensión, motivación, ánimo permanente... Los hijos no son fruto de buena o mala suerte, como la lotería, sino que en el sentido de la vida que tengan, en las actitudes esenciales ante la existencia que adopten tienen mucho que ver sus padres: "No hay tesis doctoral que pueda compensar la satisfacción de acompañar a una criatura en su aventura de crecimiento y de descubrimiento de la vida".

Distingue el autor dos funciones capitales en el ejercicio educativo de los padres: 1. Función normativa, y 2. Función nutricia. "El abandono de la función normativa por parte de muchos padres está alcanzando en la actualidad niveles verdaderamente preocupantes... La inseguridad de estos padres, el insolente 'paidocentrismo' de muchos hijos, la probable tolerancia y blandura excesivas son graves errores para educar armónicamente" (p.164).

Y no se trata de volver a un autoritarismo retrógrado, sino simplemente de contar con “unas reglas de juego que faciliten la negociación de unas relaciones paternofiliales que necesariamente han de ir evolucionando basadas en el mutuo respeto y en la aceptación de un marco mínimo que haga posible la vida en común” (p.169). Son perfectamente compatibles el mantenimiento de la autoridad paterna y el ejercicio de un cierto control con la educación en la autonomía personal.

También el “yo psicológico” de los hijos debe ser nutrido “mediante el amor, la ternura, la proximidad”, si queremos que crezca y madure. Va señalando el autor de forma magistral algunas orientaciones para alimentar la autonomía de nuestros hijos, facilitando de este modo su equilibrada evolución psicológica. Hace hincapié en la importancia que la *autoestima* tiene en el desarrollo personal, por lo que hay que mostrar constante confianza en ellos, contagiarles el amor a la vida, reconocer la individualidad de cada hijo, quererles por lo que son, no por lo que hacen, actuando como modelos para ellos, ya que “sólo sembraremos verdaderos principios y valores morales, cuando seamos capaces de vivirlos nosotros mismos”.

Remata el profesor Jiménez Ruiz su bello e interesante libro con el capítulo titulado: Cómo incentivar la vida de la pareja y la convivencia familiar. “Todo tiene un precio”, nos dice, y por supuesto, lograr unas perfectas relaciones de pareja y paternofiliales, uno de los ideales más altos a que podemos aspirar, exige de nosotros compromiso, coraje, imaginación para llevar adelante la aventura. Si es verdad que todo se desgasta por el uso, por la rutina, por la convivencia prolongada, “tendríamos que ser capaces de dar al complejo engranaje de las relaciones familiares un poco de entusiasmo, una pizca de gozo, una chispa de alegría”, aprovechando cualquier acontecimiento, cualquier circunstancia favorable (comidas, cumpleaños, fiestas, viajes...) que nos facilite el encuentro, la comunicación, el diálogo relajado...

Hay que saber compartir con la pareja, con la familia, aquellos hechos, aquellos momentos irrepetibles que crean una atmósfera en que se respira confianza, se palpa el amor, se relativizan los problemas, se valora a los demás y se siente uno valorado, se abren las puertas de la esperanza, sin la cual no es posible vivir. “A pesar de los pesares”, que dicen en mi tierra, a pesar de los sueños derrumbados, a pesar de las expectativas no cumplidas totalmente de aquella joven pareja que inició su camino “comiéndose el mundo”, a pesar de todo, “no hay que caer en el desaliento”, hay que seguir adelante sorteando obstáculos, realizando “ajustes”, renunciando a nuestros propios caprichos en aras de la vida conyugal y familiar, siendo inteligentes, proponiendo metas alcanzables y sensatas, teniendo siempre el corazón abierto a la ilusión, al perdón, a la esperanza. “El hogar no puede quedar reducido a un pan-

teón en donde reposan todas las esperanzas frustradas, sino, más bien, es un espacio privilegiado para compartir propósitos y en el que todo proyecto personal es acogido, respetado, y estimulado”.

El amor del que aquí se trata, y que ha sido como la música de fondo de toda la reflexión (aquél del que decía Platón en *Fedro* que era el Bien de mayor dignidad, el más eficaz para que los hombres, tanto vivos como muertos, consigan virtud y felicidad), el amor, frente al desamor y la frivolidad reinantes a nuestro alrededor, supone, además de la atracción física, “la voluntad de conocerse en profundidad, el propósito de madurar juntos, la decisión de cultivar en equipo la sensibilidad, la ternura, la comunicación del corazón” (p. 231).

En definitiva, se trata de procurar que la vida conyugal y familiar nos ayude a crecer, a madurar como personas en todas sus dimensiones y posibilidades. A fe que el libro del José M^a Jiménez, pleno de hondura y sensibilidad, contribuye a este incitante y sugestivo crecimiento.

José L. Rozalén Medina

COMENIUS, Johann Amos: *Wiederholte Ansprache an Baron Wolzogen / Iteratus ad Baronem Wolzogenium sermo*. (Discurso dirigido una vez más al Barón Wolzogen). Edición bilingüe. Traducción al alemán de Otto Schönberger. Comentario del discurso e introducción a la controversia antisociniana de Comenio por Erwin Schadel. Peter Lang, Francfort / Berlín / Berna / Bruselas / Nueva York / Oxford / Viena, 2002. 550 pp.

SCHADEL, Erwin: *Sehendes Herz (Cor oculatum) – zu einem Emblem des späten Comenius*. (El ojo del corazón [*Cor oculatum*] – sobre un emblema del tardío Comenio. Prólogo de Werner Korthaase. Peter Lang, Francfort / Berlín / Berna / Bruselas / Nueva York / Oxford / Viena, 2003. 114 pp.

El célebre pensador checo Juan Amós Comenio (1592-1670) es poco conocido en el mundo de lengua española. Como pedagogo y escritor, orientó y reformó la enseñanza en varios países de la Europa central y septentrional. Perteneció, lo mismo que su familia, a la Unión de Hermanos Moravos, de la que llegó a ser obispo-presidente. Desde 1628 se vio obligado a marchar al exilio, que duró todo el resto de su vida. Tan importantes como las obras en que expuso sus teorías pedagógicas, que hicieron de él uno de los principales inspiradores de la pedagogía de los siglos XIX y XX, son los escritos en que encontramos los principios filosóficos que las fundamentaron. Con la breve reseña de estos dos li-

bros, publicados por la editorial Peter Lang, deseo mostrar simplemente un camino para penetrar en lo más nuclear de su pensamiento.

Encontraremos pocas páginas del mismo Comenio: solamente 49 páginas en el primer libro y 2 páginas en el segundo. La mayor parte del texto de ambos libros pertenece al profesor Erwin Schadel, director del Centro de Investigación «Interkulturelle Philosophie und Comenius-Forschungen» (Filosofía intercultural e investigaciones sobre Comenio) de la Universidad de Bamberg. Erwin Schadel no es un desconocido para los lectores de *Diálogo Filosófico*, pues ya reseñamos dos de sus obras, quizás las principales, en nuestra revista. Me refiero a sus libros *La música como símbolo de la Trinidad. Introducción a una metafísica armónica* (1995) y *El «dolor tantálico» de Kant. Intento de una crítica constructiva del criticismo en la perspectiva ontotrinitaria* (1998).

La dedicación de Schadel a la investigación sobre Comenio se remonta a la década de los ochenta del siglo anterior en que editó *Escritos antisocinianos* (1983) y *Janua rerum* (1989). Sin duda, la perspectiva ontotrinitaria de su metafísica y su promoción, junto con el profesor Heinrich Beck, de una filosofía intercultural, le hacen sentir una especial simpatía hacia el pensamiento de Comenio.

Lo que más le interesa es la dimensión trinitaria de su pensamiento. Por eso presta gran atención a sus escritos antisocinianos. Recordemos que los socinianos, a los que se suele considerar fuente de inspiración de los deístas y librepensadores de los siglos XVII y XVIII, eran unitaristas en su concepción de Dios, es decir, antitrinitarios. El Barón Wolzogen (1599-1661) fue uno de los socinianos con los que dialogó Comenio y al que quiso convencer de su error antitrinitario, aunque no lo consiguió. En su lecho de muerte proclamó su fe sociniana. Sólo espera la salvación por la misericordia de Dios Padre, no por el mérito de Cristo como creen los papistas y luteranos.

El primer libro gira en torno a un escrito dirigido en 1659 a este Barón de origen austríaco, que vivió gran parte de su vida en Polonia unido a los círculos socinianos. Tal escrito posee una especial importancia biográfica, porque nos revela la trayectoria de la constante discusión de Comenio con los socinianos –neoarrianos–. La edición bilingüe, en latín y alemán, de dicho escrito viene seguida de un detallado comentario en forma de notas, y precedida de un largo prólogo y de unas observaciones previas, que valoran sus aportaciones para la elaboración de una biografía más completa de Comenio, establecen la relación sistemática que existe entre la pansofía cristiana de Comenio y su crítica de los críticos de la Trinidad, y pretenden analizar la controversia anti-sociniana como una ilustración de la filosofía de la Ilustración. Schadel piensa que pensadores tan influyentes como Descartes, Espinosa, Locke, Bayle, Voltaire, Milton y Clarke fueron influidos decisivamente por el

socinianismo antitrinitario, el cual, por otra parte, en cuanto niega las procesiones dentro de Dios, proyecta hacia un indiferentismo monista que debe posibilitar la emancipación del hombre, conduce al panteísmo idealista, al ateísmo marxista y, en el final del siglo XX, por su pendiente dialéctica, al indiferentismo pluralista de la llamada «postmodernidad». La última parte del libro, desde la página 179 hasta la 487, nos ofrece una extensa introducción histórica y sistemática a los ocho escritos que publicó Comenio en Amsterdam, de 1659 a 1661, contra las críticas antitrinitarias de sus contemporáneos: *De Christianorum uno Deo* (16 de febrero de 1659), *De quaestione* (20 de marzo de 1659), *De irenico irenicorum* (enero de 1660), *Oculus fidei* (3 de febrero de 1661), *De iterato sociniano irenico* (marzo de 1661), *Socinismi speculum* (1661), *Admonitio tertia* (abril de 1662), Carta a la Facultad de Teología de Utrecht (10 / 20 de mayo de 1662) y *A dextris et sinistris* (1662).

El segundo libro amplía lo que ahí se expone sobre el escrito *Oculus fidei*, que es un compendio de la obra del español Raimundo Sabunde *Theologia naturalis* o *Liber creaturarum*, escrita entre 1434 y 1436, centrándose en la aclaración del emblema que pone al principio del libro. Una paloma, una lechuza y un águila le sirven a Comenio para ilustrar tres modos distintos de comprensión del hombre y del mundo. Un corazón sin ojos (la simple fe sin razón) y unos ojos sin corazón (la astuta razón sin fe) son sintetizados en un corazón que ve –*cor oculatum*– (una fe totalmente lúcida). Schadel, a la vez que nos ofrece una interpretación histórica y sistemática de ese emblema, insiste en la necesidad de una «ilustración» de la filosofía racionalista de la ilustración, a lo que nos puede ayudar el pensamiento de Comenio.

La lectura de estos dos libros nos hace admirar su conocimiento extraordinario de la bibliografía filosófica trinitaria y antitrinitaria, su capacidad de análisis y de síntesis. Pero acierta Werner Korthaase cuando afirma, en su Prólogo al segundo libro, que Schadel no es sólo un investigador sobre Comenio, sino un comeniano que trata de proseguir sistemáticamente las perspectivas ontotrinitarias de este pedagogo, teólogo y filósofo checo, porque las considera apropiadas para responder a los graves problemas que hoy se le plantean al hombre. ¿Hasta qué punto es válida tal concepción? Las tesis de Schadel constituyen un desafío que, más allá del pensamiento funcional, hoy predominante, nos invita a planteamos radicalmente el problema del fundamento y del sentido de la vida humana.

Ildefonso Murillo